

EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

“Este precepto os doy: que os ameis los unos á los otros como yo os he amado.”

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS.)

PRUEBAS

de la

RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

El conocimiento del milagro de la resurrección de Jesucristo es tan útil como indispensable para nuestra fe. Para comprenderlo no se exige más que un corazón recto, y un espíritu razonable que busque imparcialmente la verdad. Fijémonos bien en los hechos, no sea que por falta de examen dejemos de verlo claro, y nos impida creerlo con toda convicción.

Dispuestos ya para examinar el mayor de los milagros que hubo ni puede haber jamás, como es la resurrección, milagro que está encadenado con otros muchos y con todos los demás hechos de su vida. Si la resurrección es cierta, todo lo demás lo ha de ser; éstas son consecuencias necesarias.

Muy singular es que este gran milagro, aunque á primera vista parezca difícil de creer y aún de imaginar, es en realidad el más fácil de probar, y el que tiene en su favor pruebas más positivas é indudables, y es la base y columna de la Religión cristiana.

Veamos la conducta de los Sacerdotes, Escribas y Fariseos, que fueron los mayores enemigos de Jesús; fijémonos en lo que hicieron los soldados destinados á custodiar el sepulcro, y la consideración de estas circunstancias puede darnos luz en el examen de un hecho que es tan importante y esencial.

Se ha visto que los Fariseos y los Doctores de la Ley, y en general cuantos componían el gran Consejo, movidos por la misma pasión con que hicieron morir á Jesucristo, recelaron de que sus discípulos robasen el cuerpo y dijeran que había resucitado. Su diligencia con Pilatos, el ardor con que procuraron la muerte de Jesús y los esfuerzos con que solicitaron poner guardias para impedir la sustracción del cadáver, debe persuadirnos que harían lo que la prudencia más esquisita les aconsejara para no dar lugar á un error tan contrario á su honor y á su opinión.

Es, pues, natural que encargasen mucho á sus soldados una custodia fiel, que no había de durar más de tres días; es regular también que escogiesen hombres de su confianza para que no se dejasen sobornar, ni permitiesen que por descuido ó de otro modo se robase un cuerpo que tanto les importaba conservar en el sepulcro.

Pero ¿qué es lo que sucede? A pesar de tantas precauciones el domingo por la mañana el cuerpo no estaba ya en el sepulcro. ¿Dónde está, pues? ¿Quién lo ha sacado ó cómo ha salido? ¡Los soldados se lo habrán dejado llevar á fuerza de dinero! Pero ¿quién puede haberles corrompido? No los discípulos, porque son pobres y porque están dispersos, pues el temor los ha obligado ir cada uno por su lado. ¿Cómo es posible que hombres sin medios, y que con la fuga cada uno se esconde para evitar su propio peligro, imaginasen corromper soldados encargados de la custodia por los principales representantes de su nación, y que exponían su vida si se averiguaba su negligencia ó traición?

Será, pues, que los discípulos habrán ido á robarle á mano armada y los soldados no se habrán atrevido á oponerse. Pero ¿cómo se puede suponer que aquellos soldados se hayan vuelto tímidos, y que los discípulos, que en la pasión y muerte de su Maestro dieron tantas pruebas de serlo, salgan transformados de repente en hombres tan valerosos y determinados, que emprendan á pesar de la guardia robar por fuerza el cuerpo de Aquel que abandonaron de miedo cuando vivía? Por otra parte no es lo que dicen los guardas.

Pues ¿qué dicen? Que los discípulos lo robaron cuando ellos dormían. ¡Qué excusa tan inverosímil; se desmiente por sí misma! ¡Dónde y en que tiempo se ha visto que los soldados se entreguen al sueño sin dejar un centinela que vele y esté alerta! Este ha sido el primer elemento de la disciplina militar en todos los siglos y en todas las naciones; y no se puede presumir que soldado alguno abandone lo que está encargado de custo-

diar, como es un cadáver cuya extracción se teme. Sin embargo, supongamos que todos los soldados durmiesen; tampoco les hubiera sido fácil apartar una losa de gran tamaño y llevarse el cadáver sin que los guardas despertasen, debiendo ser varios para poderlo realizar. Pero si á pesar de toda inverosimilitud estos soldados han sido capaces de tanta negligencia, ¿cómo no se castiga su delito? Por otra parte yo quisiera que me explicasen cómo, si estaban dormidos, pueden saber que son sus discípulos los que lo robaron, como dice enérgicamente San Agustín.

Todo esto es incomprendible, pero lo que admiro más es que el gran Consejo ó Sanhedrín no procure por su propio honor y por el interés público averiguar la verdad. ¿Por qué se contenta con una excusa tan inverosímil que nadie podrá creer? En efecto, este asunto causó ya tanto estupor en Jerusalén, que muchos se convirtieron; en un solo día más de cinco mil personas creyeron en la resurrección y adoraron como Dios á aquel Hombre que hicieron crucificar. ¿No era tiempo, pues, de manifestar este robo, y quitar todo crédito á la seducción? ¿Por qué no se les hace proceso á estos soldados? Ellos están en Jerusalén, el gran Consejo tiene todo el poder y autoridad, su honor está comprometido; ó hacerles confesar su perfidia, obligándoles á declarar quién les ha sobornado ó cómo se han dejado sorprender, y buscar el cadáver: estas diligencias son necesarias, tanto para justificar su conducta en la muerte de Jesucristo, como para desengañar al pueblo, que empieza á declararse abiertamente por Aquel que ya ha resucitado.

Pero aún hay más: cincuenta días después los Apóstoles y discípulos esparcidos por Jerusalén, y con alta voz, publican por las calles y plazas que Jesucristo ha resucitado, que todos ellos le han visto apareciéndoseles varias veces, que le han hablado y tocado, y que había subido al cielo á su vista y á la de muchos otros; que luego les había enviado el Espíritu Santo que estaba con ellos, y

con cuya virtud podían hacer y en efecto hacían milagros. Parece que por lo menos era ya ocasión que el gran Consejo tomase el asunto por su cuenta, para que no turben y seduzcan á muchos, profanando la religión y el culto establecidos. Ya era necesario manifestar que estos mismos falsarios (si así lo creían) son los que han robado el cuerpo; que los hagan prender y que les obliguen á declarar la verdad, careándolos con los soldados para que declaren qué se ha hecho de aquel cuerpo, y en fin que la impostura sea conocida y descubierta. Estas son las diligencias ordinarias para comprobar los delitos y reconocer y castigar los delinquentes.

Lo más singular es que el gran Consejo, tan ardiente en la muerte de Jesucristo, tan celoso en la guardia del sepulcro, nada hizo, y se contenta con llamar á los Apóstoles para intimarles que no vuelvan á predicar en nombre de Jesucristo, amenazándoles con castigarlos en caso de reincidencia, y ni tan siquiera se atreven á acusarles de haber robado el cadáver.

Claramente se ve que estando ellos convencidos de la resurrección, su política consideró necesario echar tierra en el asunto, como vulgarmente se dice, porque no era posible ocultar la verdad de la resurrección, y menos persuadir á nadie que los discípulos habían robado el cuerpo de Jesucristo.

Siendo cierta la Resurrección, lo es también la Ascensión y la Venida del Espíritu Santo, que infundió á los Apóstoles el don de la sabiduría y el de lenguas, sin el cual no hubieran podido convertir á los hombres de diversas naciones, siendo indiscutible que lo hicieron, pues con ellos se formó la primitiva Iglesia que ha llegado hasta nosotros.

Por último, con la prueba del gran milagro de la Resurrección, queda patentizada la Divinidad de Jesucristo, su misión, sus enseñanzas, su Evangelio, su doctrina, su Iglesia, en fin, todas las verdades del Cristianismo, como indicábamos al principio.

M. BORI.

¡RESUCITAD!

¿Qué hacéis, católicos durmientes, hombres de poca fé, incrédulos de todas castas, tráfugas de la Religión del Crucificado, que no resucitais á la vida de la gracia? ¿por qué así proseguis muertos en el pecado? ¿No veis que de ese modo, sin sacudir

vuestro culpable marasmo, sereis desgraciados en este mundo y en el otro eternamente?

Vosotros los que estais constituídos en autoridad, ¿en qué pensais que con tanta facilidad olvidais vuestros sagrados deberes?

¿Por qué haceis pactos con los enemigos de Cristo? ¿Por qué transigís con ellos?

¿Por qué así os jugais vuestro destino eterno?

¡Resucitad!

Vosotros los que os toca obedecer, ¿por qué despreciais los justos mandatos de la autoridad que representa á Dios?

¿Por qué escarneceis la virtud de la obediencia?

¡Resucitad!

Resucitemos todos en Cristo, y el mundo será salvo.

Con esta resurrección la felicidad nos espera.

Permanecer muertos en el pecado es la mayor de las desgracias.

¡Resurrexit! ¡Resurrexit!...

¡Hermoso resucitar es el de los católicos franceses, como puede verse por la relación que á continuación copiamos de varios periódicos.

Dios quiera que la Francia actual vuelva á ser la *Francia cristianísima* que tan gloriosas páginas cuenta en su historia.

* *

LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA

en

FRANCIA

PORQUE HE PEGADO...

Es casi de noche...

Se ha terminado el inventario...

¡Y qué inventario! Una hoja de papel arrugada, emborronada, escrita con letra temblorosa... parece que por esta página han pasado todas las angustias de cuatro horas de lucha encarnizada, salvaje.

Agentes, bomberos, guardias á caballo, se retiran con aire avergonzado del campo de batalla. Sólo quedan junto á la Iglesia algunos retenes de guardias municipales en medio de una multitud de gentes que hormigüea por los alrededores y contemplan los cristales rotos, las verjas torcidas, las puertas destrozadas á hachazos y las sillas rodando por los charcos que forma el agua que sale del templo.

Aparece un obrero, sofocado, cubierto del polvo de la batalla. Le preocupa la compostura de su gorra, que ha debido de recibir un golpe magistral, pues la visera está desprendida casi totalmente.

Acude á uno de los guardias.

—Diga usted... ¿no podría usted dejarme un alfiler?

—Tal vez...

Y mientras lo buscaba en su guerrera, el agente examinaba al buen hombre... Evidentemente acaba de batirse y ha resultado casi tan destrozado como su gorra; la frente está ensangrentada, un ojo inflamado, los botones de la blusa azul han sido arrancados violentamente, llevándose trozos de tela...

—¡Bien, hombre; estás famoso!... No has salido con las manos vacías... ¡Buena cara te pondrá tu mujer.

—... Ya lo creo que me la pondrá buena —dice el obrero con cierto orgullo:— ¡somos bretones!

—¿Entonces... te has peleado hace un momento?

—¡Sí!... ¿Y qué?

—¿Qué?... que sois tontos los católicos.

—¿Sé más cortés, ¿oyes?

—... Porque, al fin y al cabo... las leyes se hacen para todo el mundo..., para los católicos, como para los que no lo son.

—Espera... No te precipites. Los católicos aceptan las leyes que son *para todo el mundo*. Yo pago los impuestos como tú..., He hecho el servicio militar como tú, pero no quiero que me atropellen *por el hecho de ser católico*.

—La ley es la ley.

—Entonces, si la ley te dijera que mataras á tu madre..., ¿qué harías tú? ¿Y si la ley estuviera hecha por los *apaches*?

El agente calla y da muestras de alguna turbación.

—Ya ves que hay límites para la ley— continúa el obrero.—Que la ley no lo es todo; que por encima de ella está el sentimiento imperativo del propio derecho... de la conciencia.

—Es posible... ¿Pero por qué un inventario ha de ir contra la conciencia?

—Porque es el primer acto de un robo...

Oye: mi pequeña iba el año pasado á la escuela de las Hermanas. También comenzaron por hacer sólo el inventario, y allá fué con ese fin un señorito muy amable, fino y enguantado... Dos meses después les robaron todo lo que tenían en veinticuatro horas. Desde entonces veo claro; sé adónde va á parar todo esto. Cuando un bandido me pregunta qué hora es en la calle, á altas horas de la noche, no hace nada malo, pero yo sé adónde quiere ir á parar... y echó mano del revólver. Y esto es algo parecido, ¿comprendes?

—Sí; pero me parece que los primeros cristianos no se defendían cuando eran perseguidos.

—¡Bah..., amigo, te confundes! ¡Aquellos eran nuevos..., poco numerosos... y estaban en casa ajena...; nosotros estamos *en nuestra casa*... La Francia es católica desde hace diez y ocho siglos. ¿Y porque un puñado de masones quiera aniquilarnos, vamos á inclinar la cerviz rendidamente?... ¡Ah, eso no!... Si me dejas, me pisotearéis...

—Yo... no puedo darte consejos...; pero creo que no excitando á Bienvenu Martín..., que con calma... y paciencia... y dentro de la legalidad...

—... ¡Tará!... Hace treinta años que nos adormecen con esa musiquilla... y de ahí nace el desprecio con que se mira á los católicos franceses... Nos tratan como á los turcos y peor aún; porque si estuvieras tú en Argel, no irías á hacer el inventario en las mezquitas de los beduinos.

—Lo que es en eso llevas razón: me parece que no iríamos.

—Lo creo... los santones de por allá no tienen los escrúpulos de los nuestros.

—Ahí quería venir yo á parar: ¿crees tú que los curas estan satisfechos de vuestro comportamiento?

—¡Estoy seguro de ello! ¿No has visto al párroco de aquí con el aire de un valiente veterano? Sino que el alma de un sacerdote es una cosa algo complicada... Ellos han de tener presentes una porción de cosas, mientras que yo sólo tengo presente una; así es que esta mañana, mientras almorzaba, me decía: «—Vamos á ver, Esteban, si Jesucristo fuera el párroco de tu iglesia, ¿qué harías tú? ¿Qué haría El si un fracmasón llegado al poder por medio de un motín le dijera:—Echa los cristianos á la calle: entrégame tranquilamente tu iglesia; preséntame tú mismo los objetos sagrados para que yo los numere y tase y los catalogue, á fin de poder confiscarlos con su cuenta y razón el día que me venga en talante? ¿Qué haría entonces Jesucristo? ¿No se repetiría la escena del templo cuando los mercaderes fueron echados á latigazos?... Pues yo he imitado su conducta; no

soy hombre de letras, pero no desconozco el Evangelio...

Además, hace poco tiempo me he sentido rejuvenecer, y esto no deja de ser grato cuando, hace treinta años, nos dan por muertos y enterrados. Es verdad que he recibido golpes, y casi me saltan un ojo, pero yo he pagado generosamente con la misma moneda.... Y, después de todo.... (aquí el obrero adopta una expresión de candor y humildad que encanta), ¿no es cierto que no se puede hacer una tortilla sin romper?...

—¿Sin romperle á uno la crisma?

—Eso es; me has comprendido. Chócala, amigo. Tienes cara de hombre honrado; y, en el fondo, debes ser de los nuestros, ¿verdad?

El corpulento guardia sonríe paternalmente, y entrega dos alfileres al obrero.

Pierre L' Ermite.

MILITARES CATÓLICOS

De una correspondencia de París que publicó días pasados «El Correo Catalán» copiamos el siguiente interesantísimo episodio:

«Hay puntos en que las protestas de los jefes y oficiales cristianos, ó simplemente pundonorosos, han tenido tal resonancia, ó se han producido delante de tantos millares de testigos, que es materialmente imposible ni intentar siquiera ocultarlo, y el Gobierno se ve en la dura necesidad de hacer públicas él mismo las afrentas, merecidísimas que se le han inferido.

Tal es el caso de Paramé y San Serván, parroquia de San Malo.

En ambos puntos los héroes han sido los oficiales del 47.º regimiento de línea, cuyos dos batallones estaban mandados, respectivamente, por los comandantes Dublaix y Hery.

Dublaix jefe del primer batallón, requerido por el subprefecto para mantener el orden, forma sus compañías, y obedece, como un autómatas todas las instrucciones de la autoridad civil, hasta que se le manda descerrajar la puerta de la iglesia.

«He venido hasta aquí, dice, con la firme intención de cumplir, con los ojos cerrados, todo lo que se me ordenase; pero eso es superior á mis fuerzas; el estómago se me levanta de asco. Si me mandan descerrajar la puerta de mi padre, me sería materialmente imposible hacerlo; más imposible me es todavía tratándose de la puerta no de mi padre, sino de la Casa de mi Dios.»

Y el general, sabiendo de antemano que todos los oficiales del primer batallón repetirían la respuesta de su jefe, releva á éste del mando sin reemplazarle por otro, y él en persona tiene el triste valor de ordenar á los soldados que fueren la puerta.

En San Serván era el segundo batallón del mismo regimiento el que operaba.

Su comandante, Hery, requerido por el comisario del Gobierno para descerrajar las puertas del templo, va delante de éstas con cuatro gastadores y un tambor, y dice al Párroco:

—¿Usted no permite voluntariamente que se abran, Sr. Cura?

Y ante una señal negativa del Párroco, añade:

—Entonces yo no recorro á la fuerza.

—¿Sabe usted la responsabilidad en que incurre, señor comandante?—le pregunta el subprefecto.

—Perfectamente; llevo treinta y cuatro años de servicio y no ignoro nada de lo que debo saber en mi profesión.

Y sacando del bolsillo un ejemplar del Código, leyó en alta voz, delante de sus hombres, los artículos 114 y 234, que prevén las penalidades para los militares que desobedecen á las requisiciones de la autoridad civil; y añadió, volviendo tranquilamente á colocar el libro en su bolsillo:

—Me rehuso á obedecer; tráigame usted pluma y papel, señor comisario, y le pondré por escrito el certificado de mi desobediencia.

Se acude al general Davignon, jefe de la división, quien releva del mando y arresta al comandante, encomendando el mando del batallón al capitán más antiguo, el señor Cléret Langavant.

—Que se me dé la orden por escrito y personalmente á mi nombre—dice éste.

Se le da, en efecto; la dobla nerviosamente, la mete en el bolsillo, llega con los cuatro gastadores y el tambor á la puerta sagrada, y allí se planta como detenido por una mano invisible.

—Desobedezo—dijo concisamente.

—Capitán—exclamó el subprefecto,—observe usted...

—Basta de frases: desobedezco, repito.

Y se largó, arrestado por el general, como Hery.

Exactamente la misma escena, con iguales palabras é idénticos incidentes, se repitió con el capitán Spiral, llamado á reemplazarle en el mando del batallón, y que, detenido, clavado, puede decirse, por la misma fuerza sobrenatural en el atrio del templo. se negó á obedecer y mereció el honor de compartir el castigo de sus predecesores.

Sólo el último capitán del batallón, el Sr. Bühler, se decidió á dar la orden con rapidez vertiginosa, como queriendo ahogar todo remordimiento, y apenas caidos los primeros tablones de madera, preguntó acongojadamente al comisario: «¿Puedo irme ya?»

—Váyase usted, replicó el otro.

Y desapareció entre los silbidos de 5.000 manifestantes (el pueblo en masa, sin faltar un solo vecino) que victoreaban frenéticamente al comandante Hery y á los capitanes Langavart y Spiral.

El castigo que recibirán los cuatro caballerescos y heroicos jefes y oficiales no se limitará al arresto de rigor que el general Davignon les ha impuesto.

El ministro de la guerra, Mr. Etienne, ya anunció que procederá contra ellos «de oficio», lo cual en este mundo al revés en que vive hoy la Francia oficial es sinónimo de «arbitrariamente.»

En efecto: «de oficio», lo que correspondía era someterlos á consejo de Guerra; pero á eso no se atreve el ministro, porque los jueces militares los absolverían. ¡Y gracias que fuese á secas, sin pomposos considerandos, citándolos como modelos dignos de imitarse!

Por consiguiente, el Sr. Etienne, ministro de la Guerra, pero paisano, á quien tiene sin cuidado el honor ni el prestigio del uniforme, los castigará por la vía administrativa, confesando así que reconoce cuan inacabable es la solidaridad del ejército en esta materia.

Sí, dirán los eternos pesimistas, pero el caso es que, á pesar de esa solidaridad, el ejército sufre en silencio y traga todo.

Paciencia y barajar. Sabido es que una sola gota de agua basta para que el vaso desborde el «día menos pensado.»

Algunos días después publicó «La Gaceta del Norte» el siguiente despacho de su ilustrado corresponsal en París:

«En Rennes se ha celebrado Consejo de guerra para juzgar al comandante Hery y á los capitanes Cléret y Spiral que se ne-

garon á profanar los templos para hacer cumplir la operación de los inventarios.

El Consejo ha condenado al comandante á un mes, y á los oficiales á un día de cárcel, aplicándoles la ley Berenger, que les dispensa de cumplir la condena.

La actitud de los militares católicos procesados ha sido admirable, por su mucha fe y su gran energía y dignidad.

Han electrizado al auditorio por la noble entereza con que cada cual reclamaba agravar su caso personal, excusando á camaradas.

El público, al terminar el Consejo, los ha ovacionado á los gritos de ¡Viva el ejército honrado! ¡Muera la masonería!

Los oficiales declararon que no obedecieron ni obedecerán jamás la intimación por considerarla ilegal.

Forzar puertas de iglesias—dijo el comandante Hery con valentía que entusiasmó á todos é hizo enmudecer á sus jueces—no es trabajo de soldados. Es operación de bandoleros.

El Ejército—terminó diciendo—está destinado á más altas empresas.

Para perseguir curas, ahí teneis á vuestra disposición á toda la canalla de Francia. —Francisco Melgar.

* * *

En otro colega hallamos el relato del siguiente hermoso ejemplo:

El capitán del ejército francés, monsieur M. Mangin d'Ouince, ha dirigido al coronel del segundo regimiento de cazadores, de guarnición en Pontivy, la siguiente carta:

«Mi coronel: tengo el honor de enviaros mi dimisión, que os suplico hagais llegar á manos del señor ministro de la Guerra.

Siendo probable que de un momento á otro se me llame para cooperar á la expropiación de los bienes de la iglesia, mi conciencia y mis sentimientos de cristiano me impiden asociarme á medidas tan inicuas.

Yo he entrado en el Ejército para servir á mi patria y defenderla contra el extranjero, sacrificando la vida para ello si preciso fuera, pero no para hacer la guerra á Dios.»

POR LA BOCA MUERE EL PEZ

En una carta escrita á «La Gaceta del Norte» por el Sr. Melgar desde París, se cuentan tres casos que merecen reproducirse.

El primero fué en un tribunal de París, donde se procesaba entre otros muchos católicos, á un abogado por haber llamado ladrones á los agentes del fisco que procedían al inventario de las iglesias:

«El Sr. Poncet:—¿Reconoce usted haber pronunciado la frase que la acusación le atribuye?»

El Reo:—Perfectamente, lo reconozco.

El Sr. Poncet:—Con usted la ley debe ser, y será, más severa que con los otros. Usted es letrado, y por lo tanto no puede alegar ignorancia de los términos jurídicos. Bien sabe usted que el inventario no es un robo, «sino simplemente el prelude.»

Una carcajada estrepitosa, unánime, homérica del auditorio llama al distraído magistrado al sentimiento de la realidad.»

Otro caso en otra sala del mismo tribunal. Decía el heroico general Récamier, procesado, que había agredido á los agentes del fisco en Santo Tomás sin conocerlos, porque iban de paisano, aunque lo mismo habría hecho si hubiesen ido de uniforme:

«Un inspector de policía de primera clase, el Sr. Fabrici, pide la palabra.

—Falta á la verdad el general—dice.—

A lo menos él conoció que éramos agentes del gobierno. Y la prueba es que apenas aparecimos, gritó á los que estaban detrás: «atracad pronto las puertas; ya están aquí los ladrones.»

El magistrado Guelfuci:—Efectivamente; la prueba es plena: «los conoció á ustedes.» Se le echará el máximun de la pena.»

Tercer caso, frente á la iglesia de una aldea bretona, Saint-Serván:

El capitán Spirat:—La misión que usted quiere encomendarme, señor sub-prefecto, no entra en las atribuciones de la milicia. En los cuarteles y en los campos de maniobras no se enseña á descerrajar puertas. ¿No le parece á usted que un herrero cualquiera, de los que tanto abundan en el país, lo haría mejor que nosotros?

El sub-prefecto:—A treinta y cinco cerrajeros, he recurrido antes de apelar á la autoridad militar y todos se han recusado.

El capitán:—¿Y no tiene usted facultades para compelerlos de viva fuerza?

El sub-prefecto:—Las tengo; pero son casados, con hijos, y era «sentenciarlos á morir de hambre.» Si me obedeciesen, «nadie, en toda la región, los volvería á utilizar ni á saludar siquiera, y sucumbirían bajo el doble peso de la miseria y del desprecio universal.»

CONTRA UNA LEY MASÓNICA

En la villa de Eñeron han dado un hermoso espectáculo los obreros católicos, que protestaron valientemente contra el despojo de los legítimos bienes de la iglesia que se pretende llevar á cabo con los inventarios.

Los obreros empleados en la carga y descarga de barcos y los pescadores recorrieron las calles de la villa en ordenada manifestación.

Llevaban los obreros una bandera tricolor con un corazón y una inscripción que decía: ¡Viva Jesucristo!

UNA MADRE ENÉRGICA

Al hacerse el inventario en la iglesia de San Afrodiseo, en Bezières, acompañaba al agente del Gobierno, M. Saplavrolles, adjunto del alcalde.

De pronto se levantó una señora anciana que rezaba de rodillas, y en quien todos los fieles reconocieron á la madre de M. Saplavrolles, la cual, poniéndose delante de su hijo, exclamó dirigiéndose á él:

—¡Este no es tu sitio!

Ante el enérgico apóstrofe de su madre el hijo, sin replicar, salió del templo, dejando solo al agente del fisco que cumpliera su odioso cometido.

Si esto lo hacen por amor y respeto á la que le dió el ser, ¿por qué no lo ha de hacer también toda la Francia unida, por amor á Nuestra Madre la Iglesia que es la que encierra á Aquel á quien debemos todo lo creado y al mismo tiempo nuestra existencia?

UN SOLDADO QUE LLORA

Uno de los soldados que desempeñaban la ingrata tarea de estos inventarios dijo á uno de sus compañeros:

—¡Ah! ¡Si mi pobre madre estuviese aquí! Y sus ojos se arrasaron de lágrimas, cuando con tanto valor hubiera combatido á pecho descubierto contra el enemigo en el campo de batalla; pero sus fuerzas le faltaron ante el triste espectáculo en que se veía obligado á tomar parte.

EFFECTOS DE LA PERSECUCIÓN

Un obrero parisiense, que se había mezclado entre los fieles que se hallaban en una iglesia cuando entró la policía, dijo á la persona que estaba á su lado que era la primera vez en veinte años que ponía los pies en una iglesia.

—«Entonces será para tomar parte en el alboroto por lo que estaréis aquí.»

—No: replicó, —pero mi pobre madre frecuenta esta iglesia, y quiero que pueda orar en ella con toda libertad.

‘Distingue tēpora y concordabis jura’

Cuando el sabio Salomón

Escribió su Don Tenorio,

De Caifás en el Pretorio

Se orillaba esta cuestión:

Por una parte Sansón

Inmortal rey de Granada

Desenvainaba su espada

Para meterse á sereno,

Mientras que Guzmán el Bueno,

Le tramaba una celada.

Y un día que el Rey Asuero

Y Cánovas del Castillo

Se fumaban un pitillo

Que les dió Jaime primero,

El general Espartero

Invicto cartaginés

Huía de Hernán Cortés

Que le seguía la pista,

Porque fué contrabandista

En los tiempos de Moisés.

¡Cobarde! Salió gritando

La valerosa Judit

Si mi suegro el Rey David

Entrega á Sagasta el mando

Habéis de sufrir penando

Largas y duras prisiones,

Hasta que las oraciones

Del gran Profeta Prudhón

Ablanden el corazón

Del abate Romanones.

Jamás, dijo Simón Mago,

Remedando á Castelar,

Y cuando inició Eleazar

La exposición de Chicago

Prim, Arquímides y Arago

Virreyes de Almendralejo

Exponían su pellejo

En las Niágaras del Nilo

Mientras el diestro Fabrilo

Reconquista á Marmolejo.

Por fin, zanjó la cuestión

El vizconde Don Quijote

Que con Judas Iscariote

Persuadió á Napoleón.

Y el fotógrafo Nerón

En su epístola *ad Pisones*

Remendaba los calzones

Del brigadier Sancho Panza

Porque en la Triple Alianza

Reinaban los Faraones.

Guardad bien en la memoria

Señores de las tribunas

Las lecciones oportunas

Que nos enseña esta historia.

Dicen los bobos de Coria

En sus sabias decretales

Que los sabios inmortales

Que en el mundo pudo haber

Fueron solo por leer

Estos célebres anales.

Francisco Bon Cucala (Pbro.)

MÁS DEL INVENTARIO

El hecho ocurrió en «Le Nouvelle», puerto de 2.400 habitantes. El día del inventario, 7 de Febrero, presentóse el impío alcalde M. Gaspá en la iglesia, apandillando un numeroso grupo de canallas y mujeres reclutadas del vicio, y encarándose contra el sacerdote y fieles que había en el templo, se entregaron á los actos más brutales de salvajismo.

Uno de los salvajes penetró en un confesonario y con un hacha hizo saltar la rejilla. Las mujeres de la horda se acercaron al confesonario, realizando actos que la pluma se resiste á copiar.

Todo fué odiosamente profanado y destruido; los confesonarios, las capillas, los altares. Un individuo iba de estatua á estatua tirando á los santos de sus pedestales y destrozándolos: El crucifijo fué bárbaramente insultado y escarnecido.

Los hotentotes rodearon al sacerdote y después de mil injurias, le cubrieron con un gorro rojo.

Las mujeres fueron villanamente atropelladas.

No les basta lo hecho. Era preciso extremar las profanaciones y violencias.

El alcalde llamó á su perro. Se le subió sobre la mesa de Comunión y se le dieron á comer hostias robadas en la sacristía.

Después metieron el perro en el tabernáculo.

Los lienzos del altar, arañas y candelabros fueron colocados en informe pila en medio de la iglesia; se prendió fuego á todo, y cuando la turba abyecta se alejaba de aquel sitio de horror, las mujeres arrancaban las velas de los candeleros y llenaban sus delantales.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Cortamos de «El Correo Español», de Madrid, la siguiente noticia que vale por todo un discurso.

«Se ha hecho entrega por el reverendo padre Juan Crisóstomo González Herrero, dignísimo y ejemplar sacerdote del Real Colegio de Escuelas Pías de San Antonio Abad, de esta Corte, al Sr. Director del Tesoro, don José R. de Oye, de «quince mil pesetas» como restitución de un empleado que perjudicó durante su empleo á la Hacienda en dicha cantidad. ¡Bendito sea Dios, que instituyó su Iglesia para que diera estos frutos de salud contra las malas pasiones de los hombres!»

“EL AMIGO DEL POBRE”

Precios de suscripción

200 números al mes ó sean 100 cada quincena, que el suscriptor puede repartir por su cuenta. 7 pts. al mes.
100 núms. (50 por quincena).. 4 » al »
50 » (25 » »).. 2 » al »
24 » (12 » »).. 1 » al »
10 » (5 » »).. 0'50 al »

La correspondencia al Director, calle de S. Francisco de Paula.

Los encargos y suscripciones de la localidad en el comercio «La Época», San Bernardo, 23.

Impreso en el Colegio y Talleres de S. José para Niños Huérfanos.—Gijón